

»nicas, de las reuniones de los guerreros, son los Concilios  
 »Toledanos los que surgen y echan raíces, y si bien concurren  
 »á ellos los grandes del Estado, siempre son los eclesiásticos  
 »los que tienen su dirección y primacía. Ábrase la ley de los  
 »visigodos y se verá que no es una ley bárbara: evidentemente  
 »la hallaremos redactada por los filósofos de la época, es decir,  
 »por el clero, abundando en ideas generales, en verdaderas teo-  
 »rías, completamente ajenas de la índole y costumbres de los  
 »Bárbaros. Sabido es que el sistema legislativo de éstos era un  
 »sistema personal, en que cada ley sólo se aplicaba á los  
 »hombres de un mismo linaje. La ley romana gobernaba á los  
 »romanos, la ley franca regía á los francos: cada pueblo tenía  
 »sus reglas especiales, aunque estuviesen sometidos á un mismo  
 »gobierno y habitasen el propio territorio... Pues bien, la legis-  
 »lación de los visigodos no es personal, sino que está fundada  
 »sobre aquel. Visigodos y romanos están sometidos á la misma  
 »ley.—Pero no es esto solo. Continuemos examinándola, y ha-  
 »llaremos señales de filosofía aún más evidentes. Entre los Bár-  
 »baros cada hombre tenía, según su situación, un valor deter-  
 »minado y diverso: el Bárbaro y el romano, el hombre libre y  
 »el feudo, no eran estimados en un mismo precio; había, por  
 »decirlo así, una tarifa de sus vidas. En la ley visigoda sucede  
 »todo lo contrario: se establece el valor igual de los hombres  
 »ante ella. Considerad por último el sistema del procedimiento:  
 »en vez del juramento de los compurgadores y del combate  
 »judicial (1), encontraréis la prueba por medio de testigos, y el  
 »examen racional de los hechos, como puede practicarse en  
 »cualquier nación civilizada. En una palabra, la legislación visi-  
 »goda lleva y ofrece en su conjunto un carácter erudito, siste-  
 »mático, social. Descúbrese bien en ella el influjo del mismo  
 »clero que prevalecía en los concilios toledanos, y que influía  
 »tan poderosamente en el gobierno del país (2).»

(1) En esto se equivocó el eminente publicista.

(2) *Hist. general de la civilización europea*: lección 3.ª

Pues el testimonio que sigue es, si cabe, todavía más precio-  
 so por su carácter de generalidad. «La España de los godos,  
 »dice Mr. Romey, nos ofrece un gran progreso respecto de la  
 »España romana... En su administración interior observamos el  
 »mismo fenómeno. Ciertamente que su legislación prescribe algunas  
 »penas de índole bárbara; pero ¿qué código moderno está exen-  
 »to de esta mancilla? Entre nosotros mismos (los franceses) sin  
 »ir más lejos, ¿no estaban ayer vigentes el tormento y la muti-  
 »lación? En el largo transcurso del período gótico que acabamos  
 »de estudiar, pocas crueldades y asesinatos en verdad hemos  
 »tenido que consignar: sólo en los primeros tiempos vimos inmo-  
 »lados algunos reyes. Aquel pueblo, tan violento en un princi-  
 »pio, se amansa y dulcifica desde Recaredo: cambian sus cos-  
 »tumbres; la vida del hombre se hace para él cosa sagrada, al  
 »menos entre las altas jerarquías. Nada más moderado que la  
 »pena aplicada por Wamba al usurpador Paulo y sus compañe-  
 »ros. Todos los hechos sangrientos que pueden imputarse á las  
 »familias de los reyes durante el período de 300 años que corre  
 »desde Ataúlfo hasta Rodrigo, se reducen á dos fratricidios,  
 »ocurridos en la familia de Turismundo, y un parricidio determi-  
 »nado por un concurso de circunstancias verdaderamente fatales.  
 »¿Y qué es esto comparado con aquella interminable cadena de  
 »homicidios, acciones crueles, cábalas atroces, fratricidios sin  
 »cuento, inmolaciones y ejecuciones militares desenfrenadas, que  
 »acompañan á la instalación de la monarquía merovingia en las  
 »Galias? El suplicio de Brunehilda es por sí solo más horroroso  
 »que todas cuantas maldades hemos podido presenciar en la  
 »historia de los reyes godos.»

La España del siglo VII ofrecía en verdad un espectáculo sorprendente respecto del resto de Europa, donde las continuas guerras y revoluciones habían acabado con los escasos restos de la civilización y del saber antiguos, quedando el clero en la ignorancia. En las Galias se promovía al sacerdocio á personas que apenas sabían leer. En Italia se quejaba el papa Agathon

de no tener una sola persona á quien encomendar una embajada á Constantinopla. La Iglesia toda no hubiera podido mostrar á la vez tantos prelados y abades eminentes como presentaba la España sola.

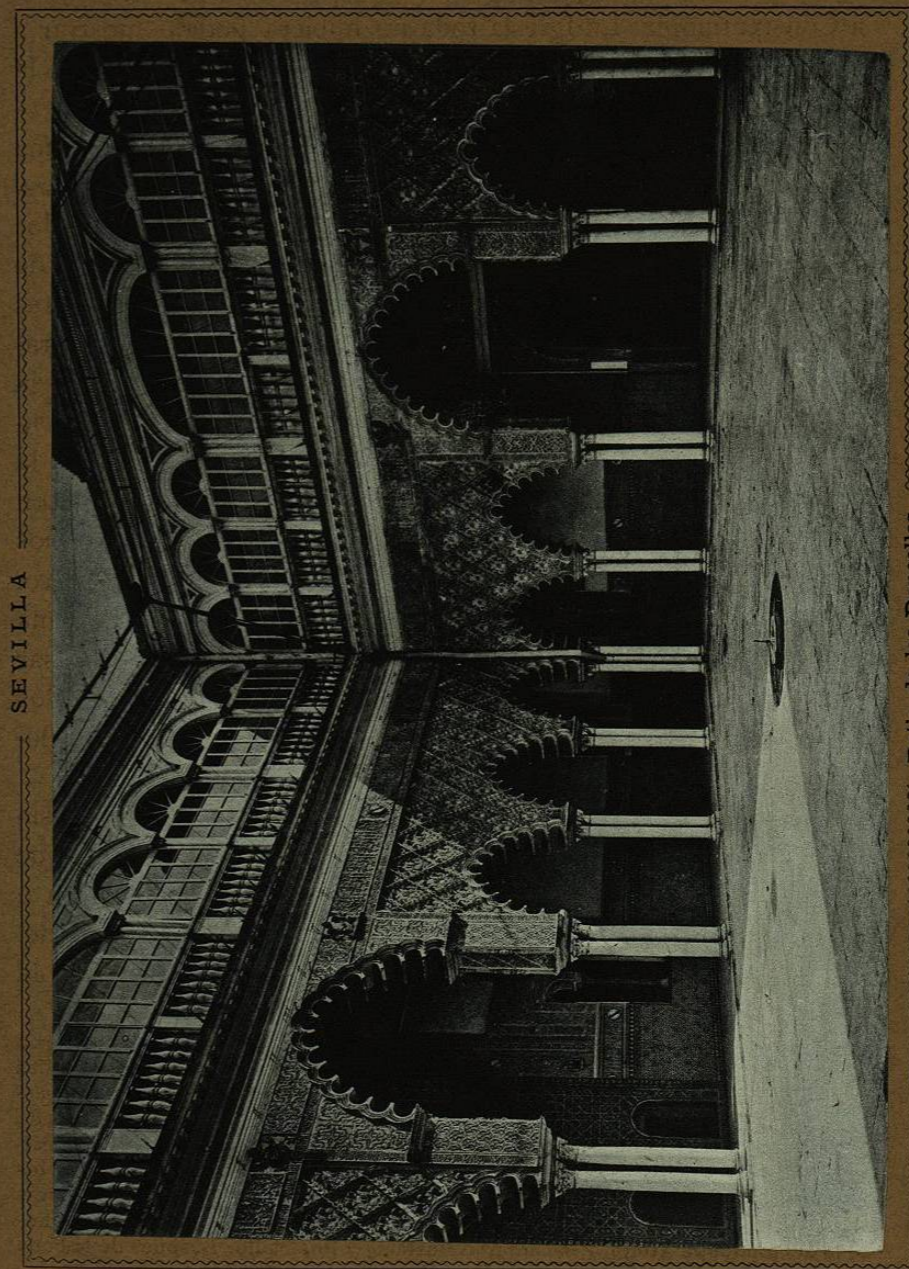
Hasta hace pocos años, nos formábamos generalmente una idea muy pobre de la cultura visigoda. Preocupados con el desprecio que de los cristianos refugiados en Asturias hacían los sectarios de Mahoma, nos imaginábamos que los súbditos de Recaredo y Wamba habían sido como salvajes para las artes del lujo y de la ostentación. Pero se han hecho luégo exploraciones más detenidas y concienzudas en el campo de la historia y de las antigüedades. Hemos visto á Ataúlfo vestido de púrpura y oro después de desposado con Gala Placidia (1), y á la corte de Eurico, trasladada de Burdeos á Tolosa, brillar con todos los resplandores de la magnificencia imperial: y hemos pensado que sin la ostentación de que se rodeaba este Bárbaro, cuyas epístolas de estilo levantado y correcto celebró la misma Italia, en vano hubiera pretendido el poderoso Garona dispensar su protección al Tíber empobrecido (2). Los viejos libros y los antiguos monumentos nos conducen hoy á las siguientes conclusiones:

Los tesoros de Toledo en tiempo de Amalarico eran sin duda grandes: los escritores franceses encomian la riqueza que de esta ciudad se llevó Childeberto, cuando vino á España á vengar los sangrientos ultrajes hechos á su hermana Clotilde. Entre las alhajas en que cebó su rapacidad el rey franco, había

(1) Refiere Olympiodoro que las bodas de Ataúlfo con Placidia se celebraron en Narbona, á la usanza de Roma, en la casa de Ingenuo, uno de los principales de aquella ciudad. En la parte más elevada de un pórtico, decorado al efecto, estaba sentada la hermana de Honorio, con todo el aparato de una reina, y á su lado Ataúlfo enteramente vestido á la romana. Entre los presentes que ofreció á Placidia se hicieron notar cincuenta adolescentes, vestidos de seda, cada uno de los cuales llevaba dos discos ó bandejas, una llena de piezas de oro, y otra de piedras preciosas de inestimable valor, procedentes del saco de Roma por los godos. Entonó el epitalamio Attalo, y lo cantaron Rustacio y Phæbadio. Después de la boda hubo juegos que deleitaron grandemente á bárbaros y romanos.

(2) SID. APOLIN. l. VIII, epíst. 9.

BIBLIOTECA



SEVILLA

Patio de las Doncellas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA

sesenta cálices y veinte patenas de oro puro: prueba de la magnificencia con que se sostenía el culto aun antes de la conversión de Recaredo.

En sus personas y en los objetos de su uso cotidiano, empleaban los magnates godos el mismo lujo. Las mujeres se cubrían de ricas sederías y lanas finísimas, que ya en tiempo de los romanos gozaban de grande estimación por sus bellos colores naturales: tenían espejos y palanganas de plata, bebían en copas de oro incrustadas de diamantes y otras piedras preciosas, y se llenaban las manos de anillos de diversas formas (1). Puede asegurarse que el lujo que tanto se había arraigado en la Bética durante la dominación romana, no llegó á desaparecer en esta provincia ni aun en los años calamitosos de las irrupciones de los Bárbaros, porque éstos se mostraron desde luego tan apasionados de la riqueza y de la molicie como los mismos vencidos.

Es curioso leer en Procopio el género de vida que los vándalos sacaron de la Bética, y que siguieron haciendo en el África entre los infelices pobladores de la Mauritania sojuzgada (2). Sus mesas, espléndidamente servidas, abundaban en los más exquisitos productos de la Libia. Vestíanse de seda y llevaban ropas de fabuloso precio. Pasaban el día en cacerías, corridas de caballos, teatros y toda especie de diversiones. Su afición á la música, al canto, al baile y á todo entretenimiento deleitable, no tenía límites. Gustaban de pasar las calurosas horas del estío en amenos jardines, matando el tiempo en magníficos banquetes á la sombra de los árboles cabe murmuradores arroyos. Diez y ocho años escasos de permanencia en el mediodía de nuestra España habían bastado para inspirar á aquellos Bárbaros tan feroces, tal pasión hacia las artes del lujo y del deleite.

Los contratos matrimoniales se celebraban con tal esplendor, aun entre los simples particulares, que las leyes tuvieron

(1) S. ISIDORO: *Etimolog.* l. XIX, cap.º 23, 24, 25, 28, 31 y 32.

(2) *De bell. vandalico*, l. IV.

que moderar los gastos que en ellos se hacían. Nadie había de poder dar en dote más de la décima parte de sus bienes, y los *seniores* no podían regalar á la desposada más de diez esclavos, otras tantas mujeres, y veinte caballos; y el valor de los objetos de uso personal no había de exceder de dos mil escudos de oro.

Tenían nuestros visigodos telares de seda, fábricas de hilos y cordones de oro, de vidrios de color, y otras manufacturas que indican también un notable desarrollo industrial y artístico (1). De Bizancio vino á la España goda su primorosa orfebrería, tan admirada de los francos merovingios. Nuestros antiguos escritores y cronistas no nos han conservado en verdad los nombres de aquellos excelentes orífices, plateros y joyeros que hicieron, por ejemplo, la soberbia espada, de puño de oro y pedrería, y el magnífico talabarte, ofrecidos por los hijos de Gaddón al rey Childerico como digno rescate de su crimen; la lujosa cruz que sacó Childeberto de Toledo y que colocó en el lugar principal de la famosa iglesia de *S. Germán de los Prados* de París, erigida expresamente para ella; y por último las hermosas coronas de Suinthila, Receswintho y otros personajes, descubiertas no hace muchos años en un desierto prado de la provincia de Toledo, junto á la fuente de Guarrazar, y que lucen hoy con admiración de los aficionados y arqueólogos en la Armería Real de Madrid y en el museo de Cluny de París. Los franceses han sido más cuidadosos que nosotros con las memorias que ilustran y engrandecen su historia; pero, aunque ellos conserven con religioso cuidado los títulos que recomiendan al respeto de la moderna Europa á sus Mabuinos y Eligios, y nosotros, pródigos temerarios de nuestros antiguos timbres, demos al olvido tan preciosos datos, siempre será fundado creer que nuestros orfebres sobrepujaron á los suyos y emularon con los del Bajo Imperio (2).

(1) Lo atestigua S. Isidoro en sus *Etimologías*.

(2) Entendemos por orfebrería el arte de labrar objetos de plata y oro, no va-

Sostenemos nosotros, sin embargo, la tesis de que, si bien los visigodos de los siglos VI y VII se aventajaron á todos los otros pueblos llamados Bárbaros, en verdadera *civilización*, la cual estriba en las buenas leyes é instituciones sociales, no florecieron mucho en aquellos ramos de la *cultura* artística que más consideración merecen hoy de los amantes, un tanto sensualistas, del humano progreso. Creemos que si en letras sagradas y profanas pudo la España visigoda de la época isidoriana ofrecer á las demás naciones modelos dignos de ser imitados, en el cultivo de las artes plásticas—en escultura y pintura especialmente—produjo poco bueno. Mas no así en arquitectura.

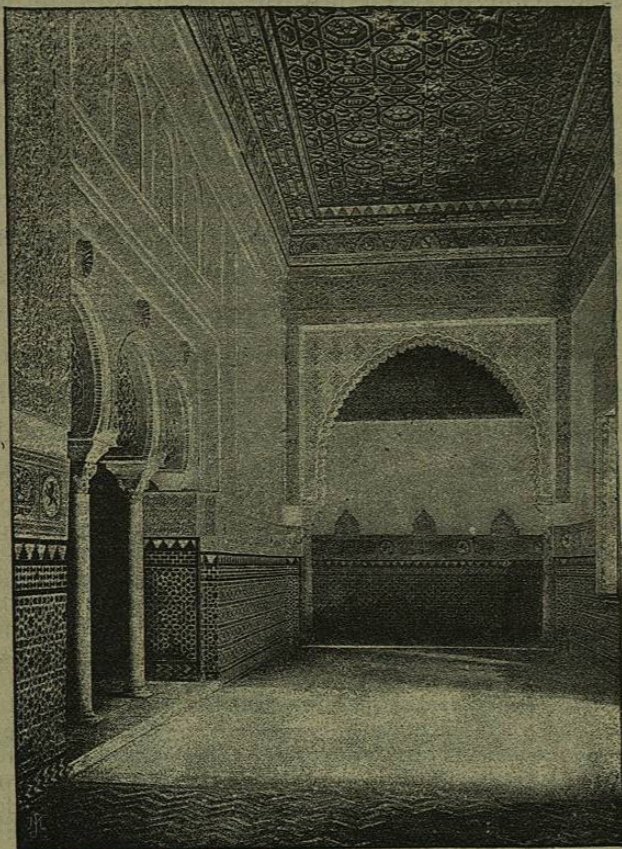
Interesa en verdad saber, qué aspecto presentaban, verbigracia, el templo de S. Geroncio de Itálica, visitado por san Fructuoso en 641, la iglesia de S. Justo y Pastor de Medina-Sidonia, también de la primera mitad del séptimo siglo, el monasterio de Sta. Florentina, la admirable é interesante hermana de S. Leandro y S. Isidoro, que descollaba á orillas del Genil

ciados ó fundidos, ni empleados en la decoración arquitectónica, que entran en el dominio de la estatuaria y escultura de relieve. Son también obras de orfebrería las chapas de cobre esmaltado, los cobres de Dinant, los jarros de estaño de Briot, los bronceos y hierros cincelados de Cellini y los célebres esmaltes de Limoges.

Los antiguos empleaban la orfebrería muy en grande, y las obras de este género que aún nos quedan de griegos y romanos, atestiguan la perfección que alcanzaron. Sobre la orfebrería clásica nos suministran preciosos datos Plinio en el lib. 38 de su *Hist. nat.*, Cicerón en su tratado *De Signis*, Ateneo en el lib. XI de sus *Deipnosophistas*, y Pausanias en su conocido *Viaje histórico*. Después de la caída del Imperio romano, el centro principal de la orfebrería fué Constantinopla. Es de creer que en las Galias floreciese también mucho este arte: de otro modo no se explica cómo pudo aventajarse tanto en él la nación francesa desde la época merovingia. Colonia, Nuremberg, Florencia y París siguieron á Limoges. Todas estas ciudades citan nombres de orífices famosos; pero S. Eligio, ó S. Eloy, los oscurece á todos. Y sin embargo, ¡qué distancia entre sus obras y las de los artífices visigodos! Compárese el tan celebrado sillón de Dagoberto, de París, con las magníficas coronas de Receswintho y de Suinthila expuestas al público en el musco de Cluny y en nuestra Armería Real; brilla en éstas toda la gala, la gracia y la nobleza del arte bizantino en su buena época, con algo privativo del arte ornamental visigodo, que no se encuentra en las producciones de la orfebrería oriental.—En la magna obra de los MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA, hemos publicado una extensa monografía sobre *la orfebrería visigoda*, tomando por base el detenido estudio histórico, arqueológico é industrial, de las coronas y cruces de Guarrazar.

en las cercanías de Ecija, y aquella célebre iglesia de S. Ambrosio, cerca de Vejer de la Miel, que al mediar el siglo VII fué consagrada por el obispo Pimerio.

## SEVILLA



ALCÁZAR.—SALÓN DEL REY MORO

La gente goda, dijimos arriba citando la expresión de un historiador moderno justamente célebre (1), estaba prendada del Imperio, lo mismo que Ataúlfo de la hija del gran Teodosio.

(1) El conde de St. Priest.

Esta pasión no se amortiguó nunca, ni aun en las épocas en que los Leovigildos, Suinthilas y Sisenandos pugnaban con las armas por ahuyentar de sus dominios las tenaces colonias del Imperio de Oriente. Querían aquellos monarcas la cultura de Constantinopla, no sus soldados, ni su violencia, ni su perfidia y traiciones. Querían sus artes, no sus costumbres: su ciencia y su doctrina, no sus apostasías y herejías: sus basílicas y sus palacios, no sus circos, teatros y espectáculos públicos. Aquellos sabios prelados de nuestros concilios, insignes promotores de la civilización española en todos sus ramos, mantenían un comercio demasiado frecuente con los Padres de la Iglesia de Oriente y conocían demasiado el camino á la opulenta Bizancio, para que pudieran permanecer indiferentes á lo que allí hacía el arte en servicio del culto. Mármoles, jaspes, taraceas, metales preciosos, vidrio de colores, pedrería, esmaltes, pinturas, todo lo prodigaban en sus templos los Justinos, los Mauricios y los Heraclios; ¿porqué no habían de prodigarlos en los monumentos de más acendrada piedad los reyes visigodos? Y los prodigaron en efecto. Léanse las descripciones que de las basílicas de S. Román de Hornija, de S. Félix de Córdoba, de S. Martín de Orense, de S. Juan Bautista de Mérida, de Sta. Eulalia de la misma ciudad, del Palacio episcopal de esta diócesis y de las construcciones religiosas que llevaron á cabo en Toledo Sisebuto y Wamba, nos han dejado S. Ildefonso, S. Isidoro, S. Eulogio, Paulo Diácono y Gregorio Turonense; y nos persuadiremos, contra el sentir de Ceán Bermúdez, de que «donde se erigen atrios sostenidos de columnas, encumbradas torres, muros cubiertos de bruñidos mármoles y baptisterios á la manera de la primitiva Iglesia, adornados de pinturas, no se halla el arte reducido al simple mecanismo de levantar toscas paredes (1).»

En lo que no estamos conformes con el erudito escritor que hace esta vindicación, es en que las fábricas de los godos no

(1) CAVEDA, *Ensayo histórico sobre la arquitectura española*, cap. III.